



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Conde Aranda, 7 — SE PUBLICA LOS DIAS 5, 12, 20 Y 28 DE CADA MES TALLERES: Plaza de la Constitución

PRECIOS: Número suelto 0'20. — Por suscripción, 0'75 al mes. — España, 2'75 trimestre. — Extranjero, 13'50 al año.

AÑO II



AGUILAS 20 DE NOVIEMBRE DE 1928



NÚM. 67

LOS TÍTERES DEL SANTO

—Lo dicho—continuó Paco—era una pasión loca la que me inspiraba aquella mujer.

Si tú la hubieras conocido entonces, recién llegada de su tierra, con aquellos ojazos fuertemente rasgados, como si temieran no dejar espacio a las pupilas, negras como el abismo; aquel pelo lustroso, fuerte, ondulado, peinado de un modo original, con algo de gitana y algo de señora; aquella cara mate, con un vello finísimo, delicado como el del melocotón y aquella boca entreabierta, llena de tentaciones, te hubieras vuelto loco, tan loco como estaba yo por entonces.

Pues ¿y el talle? ¿Y la morbidez de formas y la dulzura de curvas?

No había otra mujer como aquella en todo Madrid. Andaba de un modo tan cadencioso, tan provocativa y sobre todo tenían una gracia aquellas palabras tuyas dichas a medias con el deje particular y tímido de las gaditanas, que era cosa de echarse a morir cuando decía:

—¡Ay Chachito mio, y cuanto ha *tardao!* ¡Jesú, pue no viene poco serio! Por la salusita tuya y la mía, que no quiero en el mundo más que a tí.

Y yo lo creía, ¿cómo nó? No me separaba de ella mas que breves instantes, y sus ojos me seguían en mis ausencias, tal era mi ilusión, como cuando estaba a su lado.

¡Qué horas tan felices! Imposible hubiera yo creído que aquel amor que hacía arder mis venas, como si tuviera fuego en el corazón, llegara a apagarse algún día.

Todas, todas sus tonterías me hacían gracia; hasta sus supersticiones.

A veces, cuando me retrasaba más de lo ordinario y mis ocupaciones me retenían fuera de su lado más de lo de costumbre, me la encontraba al llegar, ocu-

pada en una de sus ceremonias más favoritas. Echando las cartas.

Había que verla reconcentrada en aquello, temblorosa, pálida de emoción; sufría y parecía ese sufrimiento del morfomaniaco que produce un placer; el placer de saber lo ignoto, lo futuro, lo que ella no alcanzaba a ver con sus propios ojos.

Y entonces con el mayor anhelo, cogía la baraja, se sentaba ante una mesilla de tablero de mármol, y abstraída, obsesionada y con toda su atención a las cartas, separaba el rey de bastos y el caballo del mismo palo, que según ella representaba mi cuerpo y mi espíritu y al compás de una intrincada oración, barajaba mi existencia. Contaba con la misma gravedad con la mano izquierda y extendía las cartas en hileras de a cinco y allá era de ver la transformación de su cara mientras seguía la faena.

Entraba yo y sin dejar la baraja me decía:

—Oye chico, ¿por qué estás tan disgustado?

—¿Quién, yo?—le replicaba—, pues chica; nunca he estado más contento.

—Pue mentira, porque sale al revé—exclamaba mostrándome el rey de bastos.

—Pero mujer, déjate de tonterías.

—Bueno, cállate—me decía en tono breve, y seguía: uno, dos, tres, cuatro, hasta diez. Por esquina un hombre rubio, una mala lengua. Oye, tu, ¿quién es esa mala lengua?

—Yo que sé; será mi patrona.

—No; pue tú tienes una mala lengua que no te quíe bien.

—Entonces si no me quiere bien, serás tú—le decía yo por distraerla.

—Calla guasa viva—me replicaba ella sin dejar las cartas.

—Ves—continuaba—. La sota de espás; esta es la mala lengua.

—Entonces ya la has encontrado—respondí riéndome.

—Sí, verdad? ¡Qué mono!

Y seguía, seguía afanosa, febril, haciendo salir rubias, morenas, hombres de justicia, caminos cortos, brindis, noches y cuanto las cábales cartománticas inventaron para martirio suyo, que todo se lo creía y para desosiego y disgusto mío, que sufría al verla tan crédula de la magia, como inerédula de mi amor; si el horóscopo así lo marcaba.

Por una de esas necedades, por si las cartas hablan o no de una rubia a quien yo conocía armamos un tiberio que dió por resultado un paréntesis en nuestras relaciones.

Lo que yo sufrí no es para imaginarlo; entonces comprendí que se había apoderado por completo de todo mi ser, y como el motivo era baladí y a más de eso yo no podía vivir sin verla y sin oír a cada momento su ceceo, hete aquí que, olvidando rencores y semillas me decidí a volver al lado suyo en busca de tranquilidad para mi corazón enamorado.

Ya ha pasado algún tiempo y aún suelto la carcajada al recordarlo.

Apenas había traspasado el dintel de la puerta, cuando loca, con una alegría imposible de describir, me arrastró, empujándome hasta la cómoda, y en la actitud más extraña que puedes figurarte me señaló algo que sobre el mueble estaba.

—Mírale: ¿lo vés? Así *castigao*. Y así le hubiera tenido hasta que me hubiese concedido volverte a ver.

Era el San Antonio de barro que yo le llevé por broma una tarde, a quien había quitado el niño y que estaba con los pies en alto.

Los dos amigos prorrumpieron en una ruidosa carcajada.

—Si amigo mio; aquello era una de sus supersticiones y hubieras visto después como se cambiaban los denuestos a la imagen en caricias y mimos y como por volver yo a su lado, volvía al Santo a su posición normal, haciéndole ceremonias y devolviéndole el niño.

